

guerreotipaban en su semblante habian hecho desaparecer la expresion imperiosamente cruel que á veces se lo descomponia.

Sus ojos desprendian llamas, su boca parecia luminosa, y á sus pálidas mejillas subíale del corazón una como rosada claridad.

Por los perfumados y rizados bucles de su negra cabellera pasaban, como estremecimientos de luz sobre pulimentado azabache, azulados reflejos.

Su cuello, al par que delicado robusto, tomaba la blancura del mármol.

Por fin Isabel volvió la cabeza y vió al duque de Vallombreuse arrodillado á seis pasos de ella.

Perseo hubiese cubierto el rostro del jóven con la cara de Medusa, engastada en su broquel (1) y haciendo el visaje de la agonía en medio de un desparrame de serpientes, no hubiera experimentado igual estupor Isabel. Esta quedó helada, petrificada, los ojos dilatados por el terror, entreabierta la boca y árida la garganta, imposibilitada de gritar y de todo movimiento. Palidez cadavérica invadió sus facciones, frio sudor inundó su cuerpo, y se sintió próxima á desmayarse; mas por un prodigioso esfuerzo de voluntad, llamó en su auxilio sus fuerzas todas para no verse expuesta á los insultos de aquel temerario.

—¿Así pues os inspiro un invencible horror?—dijo Vallombreuse sin abandonar su posicion y con la voz más dulce.—¿Tanto os contraria mi presencia que sólo mi vista produce en vos tal efecto? Un mónstruo africano saliendo de su antro, encendidas las fauces, aguzados los dientes y dilatadas las garras os habria, de seguro, espantado ménos. Convento que mi entrada ha sido algo inopinada y súbita; pero

(1) No en el escudo de Perseo, como distraidamente dice el Autor, sino en el de Minerva fué grabada la cabeza de Medusa. (N. del T.)



¿ASÍ PUES OS INSPIRO UN INVENCIBLE HORROR?

no hay que culpar á la pasion de las descortesías que esta hace cometer. Para veros, he afrontado vuestro enojo, y mi amor, aun á trueque de desagradaros, se pone á vuestros piés suplicante y tímido.

—Por favor, señor duque, levantaos,—dijo la jóven comedianta,—esta posicion no os cuadra. Yo no soy más que una pobre actriz ambulante, y mis débiles atractivos no merecen tal conquista. Dad al olvido un capricho pasajero y encaminad á otra parte vuestro deseo que tantas mujeres se considerarian dichosas de colmar. No por mí volvais celosas á las reinas, á las duquesas y á las marquesas.

—¡Y qué me importan á mí esas mujeres,—repuso impetuosamente Vallombreuse levantándose,—si es vuestra altivez lo que yo adoro; si vuestros rigores tienen á mis ojos mayores atractivos que los favores de las demás; si vuestro recato me embriaga; si vuestra modestia excita mi pasion hasta el delirio; si es preciso que me ameis ó que yo muera! Nada temais,—añadió viendo que Isabel abria la ventana como para precipitarse por ella al menor ademan de violencia del atrevido invasor,—no os pido más sino que sufrais mi presencia, que me permitais haceros la corte y ablandar vuestro corazon, como hacen los amantes más respetuosos.

—Ahorrad inútiles persecuciones,—respondió Isabel,—y sentiré por vos, en defecto de amor, un reconocimiento sin límites.

—Vos no teneis ni padre, ni marido, ni amante,—dijo Vallombreuse,—que oponerse pueda á que un hombre honrado os galantee y procure agradaros. Mi rendimiento no es un insulto. ¿Porqué rechazarme? ¡Oh! vos no podeis imaginaros la vida de esplendores que yo abriria delante de vos si consintieseis en acogirme. Los encantamientos de las hadas palidecerian al lado de lo que mi amor inventaria para agradaros. Como diosa, caminariais sobre nubes, y vuestros piés no pisarian mas que azur y luz. Todos los cuernos de la abundancia derramarian sus tesoros á vuestro paso. Vuestros de-

seos, antes de nacer los leeria yo en vuestros ojos y me anticiparia á ellos. El pasado se borraría de vuestra mente como un sueño, y de un mismo vuelo, á través de rayos de luz, nos remontaríamos al Olimpo más bellos, más dichosos, más embriagados que Psiquis y el Amor. Ea, Isabel, no desveis de esta suerte vuestros ojos, no guardéis este mortal silencio, no lleveis á la desesperacion un amor que lo puede todo, ménos renunciar á sí mismo y á vos.

—Esta pasion, de la que cualquier otra mujer que no yo estaria orgullosa, — respondió modestamente Isabel, — mi corazon no podria compartirla, y seria honor que declinaria aun cuando no se opusiese á ello la virtud, más estimable para mí que la vida.

—Miradme con ojos favorables, — prosiguió Vallombreuse, — y os volveré objeto de envidia para las más grandes y más encumbradas. A otra mujer le diria: de mis castillos, de mis tierras, de mis palacios, tomad cuanto os plazca; saquead mis gabinetes llenos de diamantes y de perlas, hundid hasta el hombro vuestros brazos en mis cofres, vestid vuestros lacayos con trajes más suntuosos que los de los príncipes, haced herrar de plata los caballos de vuestras carrozas, llevad tren de reina, deslumbrad Paris que sin embargo se admira de poca cosa. Mas para un alma del temple de la vuestra todos estos incentivos son demasiado groseros. Puede no obstante moveros la gloria de haber reducido y vencido á Vallombreuse, y llevarlo cautivo en pos de vuestro carro triunfal, y llamar vuestro servidor y vuestro esclavo á quien jamás obedeció ni sujetarle pudo yugo alguno.

—Demasiado humildes serian mis cadenas, — dijo la joven actriz, — para tan ilustre prisionero, cuya preciosa libertad no quisiera yo coartar.

Hasta entonces el duque se habia contenido, ocultando su violencia natural bajo una dulzura fingida, pero la resistencia respetuosa y enérgica de Isabel comenzaba á hacerle bullir la sangre.



EN AQUEL INSTANTE SE ABRIÓ LA PUERTA.

Detrás de aquella virtud, Vallombreuse entreveía un amor, y su ira aumentaba con sus celos.

Sus facciones estaban contraídas, mordíase los labios, y el instinto del mal había de nuevo impreso su huella en su semblante.

—Decid más bien,—repuso el duque con voz alterada y avanzando algunos pasos hacia la joven quien llevó la mano á la falleba de la ventana,—que estais loca por Sigognac. Esa, esa es la razon de la virtud de que haceis gala, el amor á ese venturoso mortal que no acierto á comprender qué encantos posee para cautivaros de esta suerte. ¿No soy yo acaso más apuesto, más noble, más rico, tan joven, tan galante, tan apasionado como él?

—Sigognac tiene, cuando ménos,—respondió Isabel,—una cualidad de que vos careceis: la de respetar á la que ama.

—Es que no quiere lo bastante,—dijo Vallombreuse rodeando con sus brazos el talle de Isabel inclinada ya fuera de la ventana, y quien, al contacto del audaz, arrojó un débil grito.

En aquel instante se abrió la puerta, y el Tirano, haciendo gestos y saludos exajerados, penetró en el cuarto y adelantó hacia Isabel, á quien abandonó al punto Vallombreuse presa de descompuesta rabia por haber sido interrumpido en medio de sus proezas amorosas.

—Dispensad, señorita,—dijo el Tirano, lanzando al duque una mirada oblicua,—ignoraba que estuviéseis en tan buena compañía; pero ha dado ya en todos los relojes la hora del ensayo y sólo faltais vos para dar comienzo á él.

En efecto, por la abertura de la puerta veíanse el Pedante, el Intrigante, Leandro y Zerbina, que formaban un grupo tranquilizador para el pudor amenazado de la joven.

El duque acarició por un momento la idea de abalanzarse con espada en mano sobre aquella canalla y dispersarla, pero esto hubiera ocasionado un escándalo inútil; matando ó hiriendo dos ó tres de aquellos histriones, no por eso hubiese